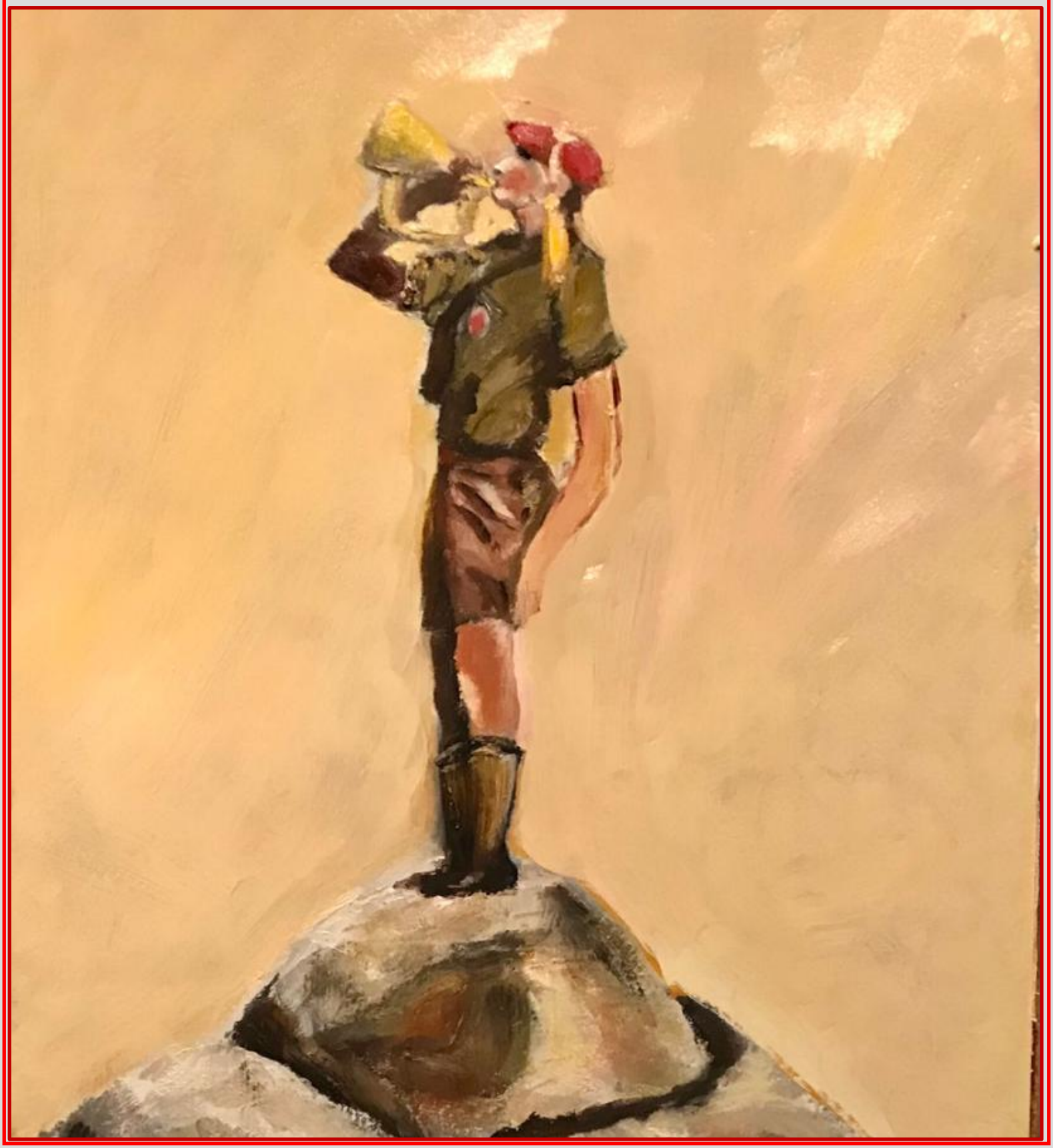
Pelayos

AÑO I – NÚM. 1

7 DE OCTUBRE - 2021

REVISTA JUVENIL
CATÓLICO-MONÁRQUICA



Índice

Pelayo pág. 1

S.A.R. Don Sixto de Borbón pág. 2

Saluda del Capellán pág. 3

Personajes pág. 5

Narraciones pág. 18

Clara e Ignacio pág. 26

Catecismo de las Juventudes Tradicionalistas pág. 31

Cancionero pág. 33

Crónicas pág. 34

¿Sabías qué? pág. 39

Pelayo

Heredero de una Tradición, retoño vigoroso de la vieja y noble encina, a la que la hiedra del liberalismo le quiere quitar el ser. Eres una estrella que anuncia el amanecer en la noche de estos tiempos. Eres un vástago de la más noble estirpe que la Divina Providencia ha plantado en el inmenso espacio de la Hispanidad.

Hoy tienes el privilegio de formar en sus filas y establecer en tu ámbito el imperio de Cristo Rey, así ganarás el derecho a ocupar un puesto en el Reino de los Cielos. Hoy tienes la dicha de formar parte de huestes gloriosas que lucharon para darle a Dios un altar y un trono al rey. Has heredado un pletórico ayer que hacen tu identidad, de historia y de cultura, de religión y Fe, talentos que debes multiplicar, para que un día, ya anciano, puedas decir "*Tradidi quod et accepi*" y puedas descansar en paz. Con la divina gracia, estarás a la altura de este honor, porque Dios es fiel.

S.A.R.
D. Sixto Enrique de Borbón y de Borbón

«A vosotros que trabajáis infatigables por Dios, la Patria y el Rey, ante Dios nunca seréis héroes anónimos.

¡Adelante! Siempre adelante».

Saluda del Capellán

Queridos amigos:

Antes de nada os deseo una muy fructuosa lectura de esta renacida revista Pelayos, en la cual me han concedido el honor de participar con estas líneas; ¡espero que no os aburran mucho!

Y ya que estamos en comienzo de curso escolar y reencuentro de los compañeros de clase, conviene hablar de los juegos, de los cuales espero que estéis disfrutado mucho estos días.

Y es que, aunque no lo parezca, también en el jugar hay que ser virtuoso; o, dicho de otra manera y mejor, el jugar también tiene que ser un acto de virtud. Los filósofos llamaban eutrapelia a la virtud que modera el juego: lo cual quiere decir que jugar es algo bueno, pues da a nuestra alma el reposo que merece, igual que el echarse a dormir o sentarse da a nuestro cuerpo el suyo.

Ahora bien, igual que no podemos quedarnos en el sofá o en la cama todo el día con la excusa de descansar, pues, como bien dice la palabra, para des-cansar hay que cansarse, o sea, trabajar primero; no podemos pegarnos todo el día jugando, pues para jugar hay que ejercitar antes el alma, tanto por el estudio como por la oración.

Por otro lado, hay que procurar que el juego repare de verdad las fuerzas de nuestra alma y, por tanto, que la deje preparada para conocer cada vez mejor la verdad y querer con más ardor el bien. Cosa que no se puede decir casi nunca de los videojuegos, y menos aún de las redes sociales, los cuales nos sacan de la realidad y nos meten en el mundo virtual, que es lo mismo que la fantasía; y, como bien sabéis, cuanto más se eleva uno por la fantasía, peor es el tortazo cuando se da con la realidad…

Que Dios os bendiga y os guarde.

Rvdo. P. D. Javier Utrilla Avellanas

Garcilaso de la Vega

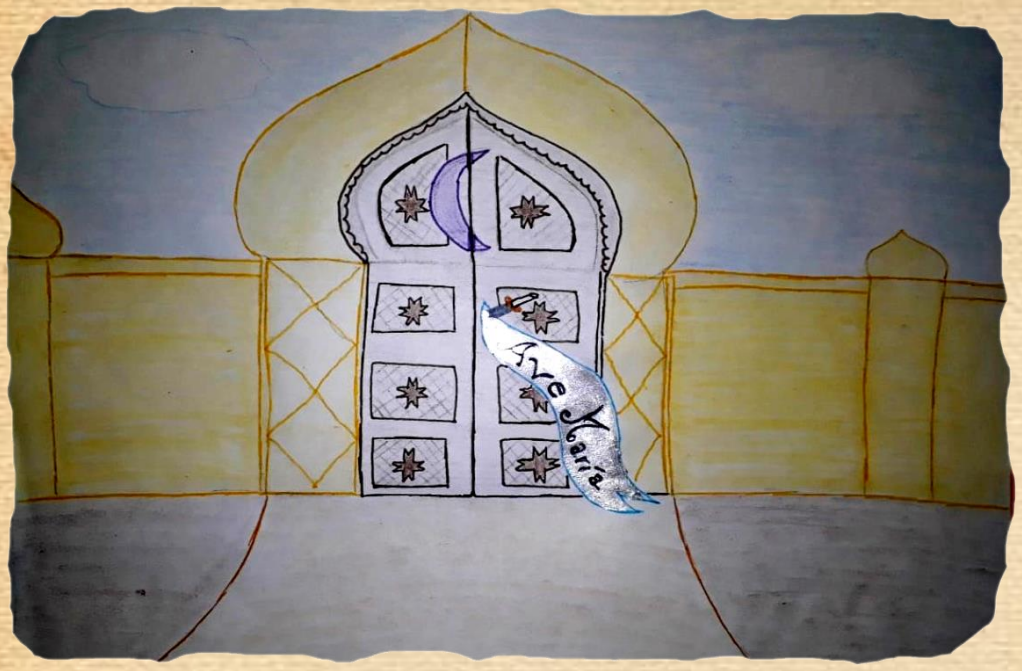
El vencedor de Santa Fe

Sucedió una vez, allá por 1491, cuando los Reyes Católicos conducían la avanzada final de la Reconquista contra los moros en las afueras de Granada.

Mientras cercaban ese último bastión musulmán, acaecieron muchos hechos heroicos y milagrosos como el que ahora relataré.

Había un Capitán español muy bravo y valiente, llamado Hernán Pérez del Pulgar, conocido como "el de las hazañas" que solía desafiar a sus enemigos, y mediante proezas que parecían increíbles, lograba siempre vencerlos.

En aquella oportunidad, Don Hernán, decidió ejecutar una incursión en la Alhambra con unos cuantos compañeros, y al llegar a las puertas de la Mezquita, tenían intención de quemarla, no pudieron lograr su cometido.



Fué entonces que Don Hernán, desenvainó su puñal y sacó una cinta con la inscripción "Ave María", y con fuerza la clavó en la puerta de aquel templo.

En ese momento, los guardias sarracenos advirtieron la presencia enemiga y empezaron el combate y la persecución de los Cristianos.

Allí fué cuando el famoso, fuerte y valiente Moro Tarfe se enteró lo sucedido, y entró en una gran cólera, la cual quiso vengar con la vida de un cristiano.

Tarfe montó su negro caballo, con su espada y su lanza, ató a la cola del animal la cinta del "Ave María" y al galope llegó ante las

murallas de Santa Fe. A gritos desafió a los más renombrados caballeros cristianos para batirse a duelo con aquel que aceptara. Incluso, osó desafiar al Rey Fernando, quién fríamente meditaba a qué caballero escoger para la contienda.

Garcilaso, era un mozo noble que acompañaba el ejército Real, y hacía sus primeras armas en aquellos combates. Al ver aquella situación, sin dudarlo, ante el Rey se arrodilló y le rogó el favor de ser escogido. Don Fernando le agradeció, pero le negó lo pedido, pues

pensaba que era muy mozo y que había otros renombrados Caballeros Cristianos de fama bien ganada, que podían hacer frente en aquella ocasión. El volvió triste sobre sus pasos, y a la Virgen le rogó el favor.

Al salir muy triste de la carpa del Rey, La Virgen del Pilar se le apareció a Garcilaso y le dijo; "Por ser puro de corazón, Dios me ha pedido que empuñes su espada para reparar mi honra", al tiempo que dos Ángeles le imponían el escapulario y lo armaban Caballero de María.

Luego de rezar a la Virgen María, Garcilaso montó su blanco pegaso e hincando las espuelas, salió al galope cumpliendo la orden de la Madre de Cristo.

Nadie sabía quién era aquel valiente y reluciente caballero cristiano que había salido a la Vega para enfrentarse con el Moro.

Al llegar a la presencia de Tarfe, Garcilaso levantó su yelmo, como lo mandan las reglas de la Orden de Caballería, y ante el moro se presentó, declamando que él era el caballero más valiente que había en el real, y que se aprestará para luchar. Tarfe le contestó que era muy mozo y que el sólo se disputaba con hombres barbados, y al tiempo le sentenció; "vete de aquí rapaz, y venga otro más estimado".

Garcilaso bajó su yelmo y arremetió contra el moro, que se defendió y pronto se dispuso para el duelo.

El combate fue reñido y duro, ambos contrincantes soportaban mutuamente los duros embates del adversario. El moro

pedía fuerza a gritos a Mahoma, y a Santiago para la suya daba voces el Cristiano.

En ese momento, Garcilaso se encomendó a la Virgen María y arremetiendo con fuerza su lanza, hincó debajo del brazo a Tarfe y lo derribó del Caballo.

Inmediatamente Garcilaso se apeó del Caballo, desató el "Ave María" de la cola del negro equino y desenvainó su espada para mandar al moro al otro mundo.

El mozo cristiano levantó su espada para proceder, y un ángel detuvo su mano, nuevamente la Virgen se apareció y le dijo; "no castigues con la espada de Dios, sin ofrecer antes indulgencia". Entonces Garcilaso ultimó a Tarfe a que se convierta al Catolicismo y abjure de ignominia, o muera en aquel campo.

El moro miró a Garcilaso y respondió; Tu Dios me ha vencido y me ha ofrecido el perdón, no hay dudas que su Santa Fe, la Trinidad, es la verdadera. Desde hoy en adelante seré Cristiano y lucharé por la Cruz de Cristo".

Tarfe marchó a Santa Fe de a pié y su caballo lo llevaba de tiro Garcilaso. Al llegar al real, el vencido fue conducido a un apartado, y

Garcilaso fue recibido por la Reina Isabel, que lo premió con el lema del "Ave María" para su escudo de Armas y lo nombró Capitán de Castilla.

Berenguela de Castilla

La Prudentísima

Una gran madre Castellana, leonesa y sobre todo... católica e Hispana: Berenguela de Castilla, hija del Rey Alfonso VIII, gran héroe y vencedor de la Batalla de Las Navas de Tolosa, contienda que significó, un punto de inflexión en la Guerra de la Reconquista.

Berenguela fue educada por su madre, Leonor Plantagenet, con gran delicadeza, esmero y calidad académica. Fue heredera al trono de Castilla durante mucho tiempo, y ello le valió la estima y pretensión de muchos nobles de Europa. Por tal razón, llegó a comprometerse a edad muy temprana con el hijo del Federico I del Sacro Imperio Alemán, pero el nacimiento de un hermano menor de ella, hizo caer por tierra dicha obligación, obteniendo la anulación Papal. Debido a que Federico I, vio desvanecer así la posibilidad que su hijo ciña la corona de Castilla.

Su hermana Blanca, se unió en Matrimonio con el Príncipe de Francia, que más tarde reinaría allí como Luis VIII, y así fue, que de este noble enlace y linaje español, nacería el futuro Luis IX, San Luis IX Rey de Francia.

Sucedía por aquellos tiempos que, la Hispania de la Reconquista, dividida en varios reinos y feudos, se encontraba bastante fragmentada. Y en ese contexto, Berenguela fue unida en matrimonio con Alfonso IX de León, y tuvieron cinco hijos.

Tristemente, a pesar de haber tenido en su momento la dispensa papal para contraer matrimonio, el Papa Inocencio III que era inflexible en estos asuntos, anuló su unión con el Rey de León debido a que estos eran primos de tercer grado, así que su descendencia fue considerada legítima.

Berenguela, obediente a la Santa Iglesia, marchó a Castilla con sus padres y se dedicó a la formación de sus hijos, doctrinal, religiosa y a la Caridad.

Así llegó el momento, luego de dificultosas sucesiones del trono y corona de Castilla, llega su turno. Y al momento de coronarse, esa noble madre, probablemente por inteligencia y por inspiración divina, colocó frente a las Cortes, la corona sobre las sienes de su primogénito, Fernando.

Fernando siguiendo los pasos de su castellano abuelo, continuó la Cruzada en Andalucía contra los moros, dejando por regente a su madre, que supo ocupar el trono de manera sobresaliente.

Mientras esto sucedía, el Rey Alfonso VIII de León, fallece y Berenguela manda a buscar a su hijo. Con grandes dotes de

diplomacia, logra la dimisión al Trono de León, por parte de las medio-hermanas de Fernando, fruto de una unión de su padre, la cual también había sido anulada por otro Papa anterior.

Berenguela lograba, nuevamente, la unión de los reinos íberos más grandes e importantes de su época. De esta manera, Fernando III llegó a ser el Rey que logró unir definitivamente, luego de casi dos centurias, a los Reinos de Castilla y de León.

La madre de este Rey Santo, siendo regente de Castilla y de León, mientras su hijo combatía con firmeza y con valor, al moro invasor, terminó sus días en el Monasterio de Santa María la Real de Huelgas en Burgos, donde ya muy enferma, entregó su alma al Señor un 8 de noviembre de 1246.

Una mujer excepcional, madre sin igual, que hizo con su ejemplo, enseñanza, fe y obras, un linaje de grandes hombres. A pesar de la cruz que Dios le dio – pesada-, con paciencia y con amor, la llevó.

Berenguela, no buscó su gloria, ni la gloria mundana, buscó agradar a Dios en la más recia obediencia a sus padres, a la Tradición

y la Santa Iglesia. El premio de Dios, fue un hijo Santo para ella, y un Rey Santo para Nuestra Patria.

Doña Berenguela, contra todo el ejército almohade.

Durante las maniobras militares realizadas por los ejércitos cristianos en IIBY contra el Castillo de Oreja, cuando una parte del ejército almorávide atacó Toledo, como forma de obligar al Rey de León a desistir del asedio que había puesto a este Castillo, la Ciudad Imperial de Toledo estaba defendida por un buen número de caballeros, ballesteros y peones que habían quedado de guarnición.

También estaba Berenguela, que vio como los musulmanes atacaban San Servando y destruían con saña una pequeña fortaleza que había cerca.

Indignada, en una de las torres, se sentó en un trono real, rodeada de sus doncellas, que cantaban con tímpanos, cítaras, címbalos y salterios. Mandó mensajeros para que los enemigos supieran que luchaban contra ella. Avergonzados los jefes almorávides, se retiraron.

Pero también tiene un alma cristiana, que doblegaba toda crueldad.

Así, en una ocasión que se cortaron las cabezas de los enemigos y se colgaron en picas, en la parte más alta de Toledo, ella, movida a compasión, mandó bajarlas y ordenó a los médicos judíos y musulmanes ungirlas con áloe y mirra, envolverlas con los mejores paños y ponerlas en cofres repujados de oro y plata, para que fueran enviadas con todos los honores a sus familias.

Tal vez por historias como estas, se dice que a Dios le alegran las flores, y que ha mandado sembrar muchas en el mundo, que especialmente le gustan las margaritas, y dónde más han florecido estas, es en las tierras de la Cristiandad menor, en la España Imperial.

ME LO CONTÓ UN PAJARITO

(PRIMERA PARTE)

Niños muy queridos quisiera contaros lo que me acaba de pasar esta mañana, dando un paseo por el campo, mientras rezaba el rosario por vuestras almas. Las mariposas iban de una flor a otra, disputándoselas a las abejas, y han florecido las amapolas esparcidas por el prado, que está muy verde, porque llovió hace poco y aún no ha llegado el verano.

Me llamó mucho la atención que en la copa de una encina hubiera tanto revuelo de pájaros. Pensé que estaban contentos porque estos días de primavera son especialmente bonitos.

Entre las ramas de otra encina se había juntado una nutrida bandada de gorriones; estaban alborotados, piaban, gesticulaban muy nerviosos con sus alas, todos al mismo tiempo. Dos palomas los miraban desde una rama cercana; ellas, muy formales y educadas, los escuchaban atentas y, por lo bajo, comentaban algo, entre ellas solamente, porque no suelen hablar con los demás pájaros.

Dos cigüeñas observaban desde la iglesia. Una, apoyada sobre una sola pata junto a la cruz de la espadaña, se yergue a la vera de su imponente nido y fuma un cigarro tranquilamente.

Mientras digiere como nadie sapos y culebras, permanece atisbando los campos de manera minuciosa. La otra, inquieta, va y viene a grandes zancadas por la cima del tejado, en lo alto de la cumbrera, conversando con el búho que vive, retirado como un anacoreta, bajo el techo de la sacristía.

Unos herrerillos, muy amigos entre ellos, jugaban a salpicarse, echándose agua en un charco, que había formado en el camino la lluvia que cayó durante la madrugada. De pronto silenciaron sus gorjeos, dejaron de chapalear para volar muy aseados, recién bañados, a ver qué ocurría, y todos al mismo tiempo preguntaban — ¿Qué pasa? ¿Qué pasa? ¿Qué pasa, aquí? —Mientras presumiendo de vivos colores, secaban sus plumas al sol entre las ramas recién brotadas de un chopo.

En la copa de un fresno, e igualmente entre las zarzas, se han congregado numerosos carboneros buscando entre el follaje telas finas de araña para tender en el nido una cama mullida y abrigada. Llevan su boina negra bien calada, y están tan atentos que quisieran ponérsela de visera para mirar mejor y protegerse del sol, y que así, nada de lo que allí suceda, escape a sus miradas. En la espiga florecida de la cortadera, un verderón, haciéndose el distraído, mientras buscaba una a una las semillas, paraba la oreja, porque quería enterarse de lo que ocurría, para llevar el chisme a sus colegas que estaban a lo suyo, más allá, entre unos olivos, charlando entre ellos.

Me di cuenta de que algo grave estaba sucediendo, pues hasta a una golondrina, que siempre va muy apurada, le pudo la curiosidad, paró en seco su vuelo en lo más alto del aire, dio media vuelta y en picada, pasó con vuelo rasante, recelosa y desconfiada de verse involucrada en algún hecho delictivo, se posó a lo lejos, en la ramita más alta y finita de un olmo, que la brisa columpiaba y mecía suavemente. Desde allí entabló conversación con un mirlo, un cucú y un ruiseñor, que tampoco querían mezclarse en la algarabía que había formado en la encina la tumultuosa chusma de los gorriones.

De pronto se ha dejado de oír el seco, rítmico y frenético golpeteo del pájaro carpintero en el tronco del pino. Volaban las astillas a diestra y siniestra con la gubia afilada de su pico con el que ha abierto una puerta para su nido en el corazón del árbol centenario. Sus ancestros le enseñaron que la casa con una sola puerta es la mejor guardada. Esta vez, la puerta no le ha quedado ni estrecha ni amplia, sino exacta y bien cepillada, justo debajo de un muñón viejo que les servirá de alero a la entrada, además de ser útil para posarse y descansar cuando haya demasiado lío dentro. Tiene prisa por terminar pronto de tallar su nueva morada, ya que el verano se acerca y la necesitan sus pichones.

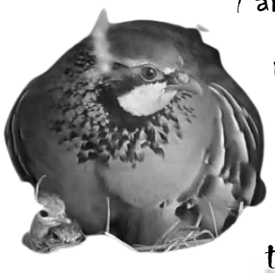
La reputación de su trabajo es excelente en toda la comarca, pues los de su raza han sido carpinteros de generación en generación, se han trasmitido el arte de padres a hijos, y han guardado discretamente el secreto que los demás pájaros no han podido descubrir. Muchos de sus vecinos aprecian su obra y por eso hay lista de espera, entre diversos candidatos, para ocupar el nido cuando se traslade a otro pino a tallar una casa nueva. Conoce al dedillo a cada uno de los pinos nacidos en aquellos bosques, también los que han crecido en las laderas y

las cimas de las montañas, pues cuentan los ancianos del lugar, que por todos esos montes se veían muchas boinas coloradas, y que en tiempos de guerra sus nidos eran trincheras seguras.

Se ha quedado inmóvil, camuflado, bien parapetado en la corteza del pino, y nadie lo vería si no fuera por su boina colorada que no entiende de camuflajes. Vigila, se esconde y se asoma, enérgico y sagaz torna a esconderse, y una vez más se vuelve a asomar. Quiere saber si el peligro es serio y debe irse deprisa volando hasta la iglesia, para dar un redoble de picotazos en la campana, que es la voz de alarma para todas las demás boinas coloradas que viven por los alrededores de árbol en árbol, de rama en rama.

Con vuelo muy desgarbado también se ha ido acercando muy intrigada una abubilla, que haciéndose la distraída se ha quedado picoteando en el barro: pica una lombriz y mira, pica a un gusano y escucha, y se zampa de tres picotazos un escarabajo que por allí pasaba, muy orondo y despreocupado, que llevaba a empellones una bola más hedionda que la abubilla misma. Mientras la abubilla se tragaba el escarabajo y éste le llegaba al buche, se quedó quietita, atenta. Después, para no perderse ni un detalle de todo lo que allí pasaba, iba de aquí para allá con grandes pasos amanerados, y disimuladamente seguía mirando. La abubilla es muy vanidosa, por eso lleva en la cabeza un

excéntrico peinado de alto nivel, que no debió estar hecho por un peluquero de París, porque allí también preparan perfumes de aroma delicioso, muy recomendables para personas poco aseadas... Cuando la abubilla detuvo su vuelo cerquita de una perdiz que empollaba sus huevitos en el suelo, en un nido escondido entre cardos, ésta tuvo que levantar el vuelo a la espantada, tapándose la nariz.



Debajo de unos madroños están el gallo y la gallina escarbando muy aplicados en la tierra húmeda. Buscan gusanos y lombrices para alimentar a su familia numerosa, pues su salario mensual no les alcanza para comprar maíz todos los días de la semana. Los pollitos pululan cerca, jugando y divirtiéndose, porque al ser más de veintidós, tienen la posibilidad de formar dos equipos de fútbol. Un equipo usa camiseta blanca, y siempre pierde ante los que visten camiseta a rayas rojas y blancas. Éstos son los que en cada partido ponen más garra, les viene de casta. El único pollito negro está ya un poco harto, pues siempre le toca jugar de árbitro y debe, además, sacar muchas tarjetas rojas a los blancos, que son malos perdedores y muy pronto empiezan a dar picotazos y pegar con los espolones.

Al oír aquella creciente algazara de la reunión de pájaros, los papás se alarmaron y todos los pollitos, sin entender ni pío, pero obedientes, acudieron presurosos a refugiarse con miedo y urgencia bajo las alas protectoras de la clueca, que llamaba con insistencia, temiendo que el causante del ruido fuese algún milano que por allí merodeaba buscando su desayuno. La gallina cacareaba con la angustia de que sus polluelos pudieran correr la misma suerte de aquellos que desoyeron el llamado de la Clueca Divina y fueron presa de las águilas romanas, que en su

furia devastadora llegaron incluso a destruir la ciudad donde vivían, su templo y sus murallas[1].

Sin esperar la pitada final, interrumpiendo el partido, dejaron abandonada la pelota en el punto penal, aunque si en ese momento la hubiera pateado el defensa central, habría aumentado seguramente el marcador en detrimento de los blanquitos, que ya perdían por goleada.

El gallo, afilando sus espolones por si acaso hicieran falta, se acomodó la cresta con un gesto fanfarrón, y se fue acercando lentamente dando unas altas y largas zancadas, estirando bien el cuello con la cabeza inclinada. Avanzó con vuelo torpe y pesado hasta posarse en la puerta del gallinero, para esperar una respuesta a esta intrigante situación. Y allí permaneció vigilando, como corresponde a un padre responsable de familia numerosa.

En el tronco seco de un roble viejo, al que abigarrados líquenes, tupidos helechos y diminutos champiñones, le han dado una segunda vida, un magnífico urogallo, de vivos colores y paso arrogante, ha instalado su cantadero. Ha dejado de buscar entre las zarzas del arándano los frutos viejos, y al sentir que había jaleo, se ha alarmado y ha vuelto a su puesto, temiendo que fuera su enemiga encarnizada, la cruel y asesina marta, jacobina donde los haya entre sus depredadores. Igual que en aquellos tiempos en los que en la península ibérica quedaban pocos cristianos, se ha refugiado en la cordillera

cantábrica. Allí quedan muy pocos urogallos resistiendo al exterminio del mundo moderno, en montes enormes que con su silueta anunciaban la buena nueva a los marineros que venían de allende los mares. Luego de afrontar las olas y los vientos llegaban a buen puerto, y en casa los esperaban sus hijos más crecidos, sus amores viejos y algunos abuelos que descansaban ya de sus trabajos en los cementerios. El urogallo desde la cima domina la colina, divisa el valle y contempla cómo sube al cielo por la chimenea el humo que sale de la cocina del caserío, donde se cuecen las fabes con tocino y cecina, celebrando el regreso de quienes llegan con noticias de un mundo nuevo, que cuentan historias increíbles de indios que se adornan con plumas hermosas, de serpientes aladas, de papagayos y guacamayas, de teros y horneros, colibríes y flamencos, de quetzales y turpiales, del pájaro campana y el gallito de la roca y de muchísimas más aves, que manifiestan entre todas, en su variedad, la omnipotencia del Creador, para Quien nada ni nadie es igual a otro, como pretende hacernos creer la revolución. En su cantadero el urogallo permanece alerta, porque quiere saber de qué tratará ese bullicio creciente.

Desde el hueco del tronco del olmo más viejo se asomó entre las rendijas de la corteza, malhumorada, una lechuza mal dormida. Ella suele estar al corriente de todo aquello que sucede cuando es de noche, de día duerme, pero ¡es que había semejante algarabía!, que se despertó, y desde su escondite se puso a espiar. También quería saber, —como tú y como yo— qué sucedía. Pensé por un momento que podía tratarse de un cernícalo que amenazara con comerse algún pichón recién salido del huevo o una culebra tentada de robarle los huevos recién puestos a una calandria.

(SEGUNDA PARTE)

Hete aquí que de repente, de manera inesperada, con la brisa fresca de la mañana, abriéndose paso entre las nubes, por un abra de las montañas, se fue acercando un águila. Por un momento quedó suspendida en los aires,...

CONTINARÁ

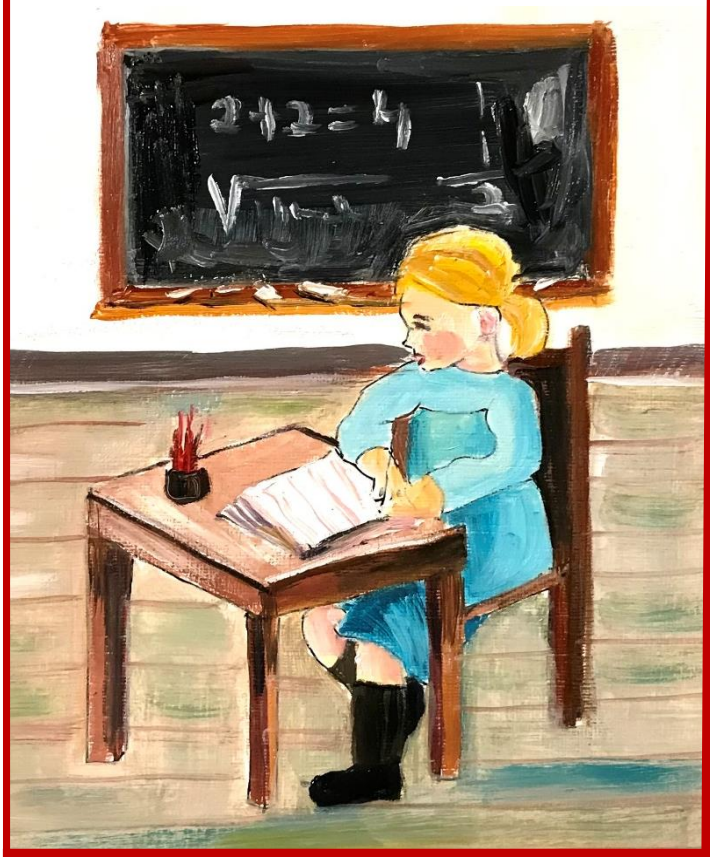
Pelayos

Las Aventuras de Clara y Santiago

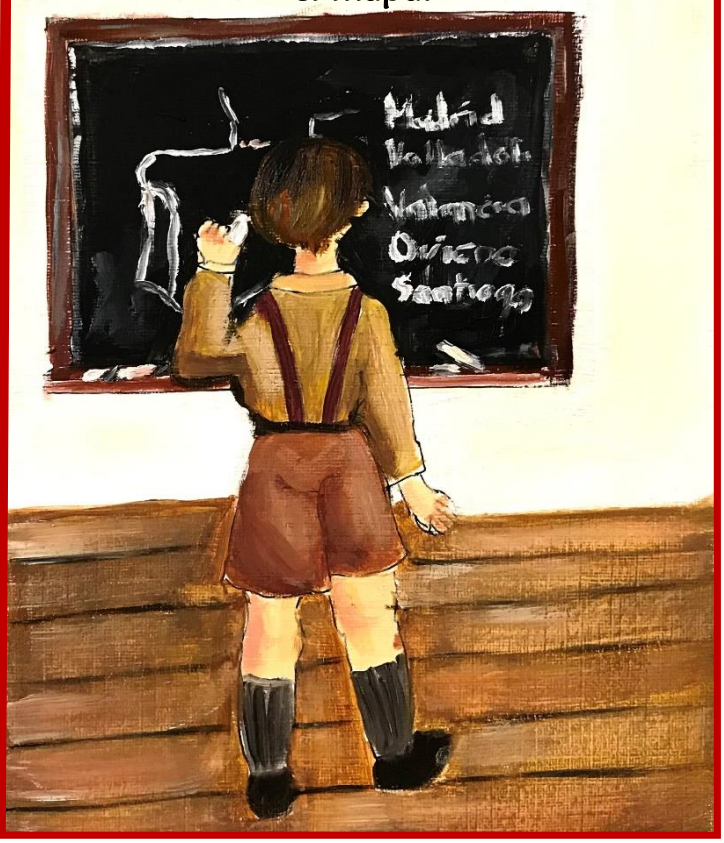
Clara e Ignacio, una Margarita y un Pelayo, comienzan otro día de clase…

Nada les hace sospechar que serán los protagonistas de grandes aventuras

Clara, estudiosa y previsora, intenta siempre ayudar a su hermano Santiago



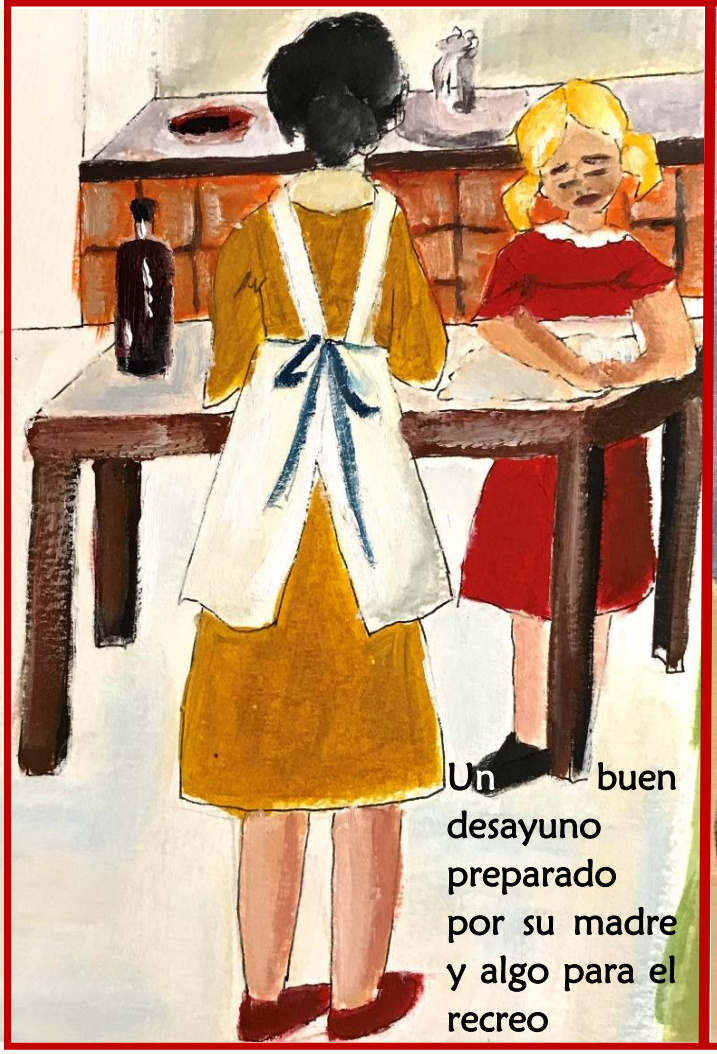
Y hoy le ha tocado salir: ¡capitales y en el mapa!



"¡Ya sabía yo que me iba a tocar!, menos mal que ayer no he dejado de estudiar

¿Y quién es esta pequeña Margarita que no le cuesta madrugar para ir a clase?

¿Y el Pelayo que no tarda en vestirse por la mañana después del aseo?


Un buen desayuno preparado por su madre y algo para el recreo

Y con la Virgen de fondo, aquí están nuestros protagonistas

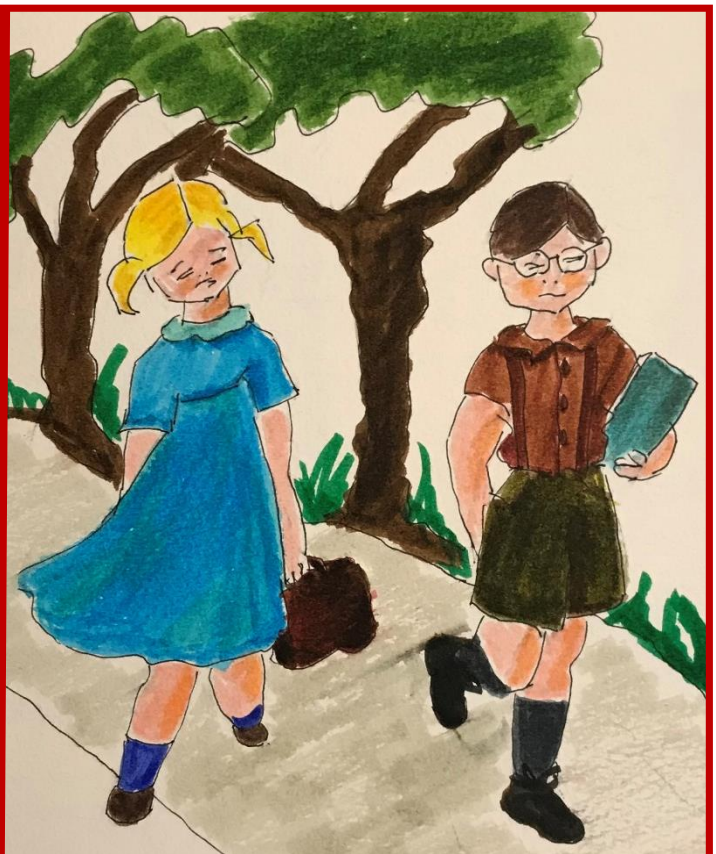
¿Pero quién desayuna a los pies de nuestros protagonistas? Jarrón, su perro.

No hay excursión ni aventura que se pierda

Ni la Revista Pelayos, y eso que es un perro

Corre, salta, ladra, gruñe…y nunca deja de seguirles

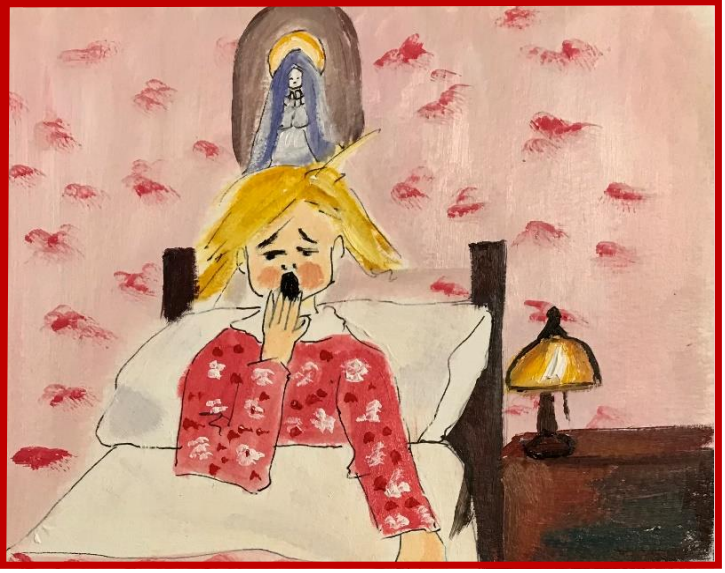
Nuestros protagonistas, con sus boinas bien caladas, juegan y se divierten…



…pasean, charlan, hacen ejercicio, no se dejan llevar por los móviles ni por las modas…

Por este número, ya hemos visto su colegio, a su perro bodeguero, como juegan, corren y van de excursión.

Por hoy, toca acostarse y descansar, porque en el siguiente número le esperan aventuras que no se pueden imaginar.



Catecismo
Juventudes Tradicionalistas

Dios-Patria-Fueros-Rey

Corría el año 1935. Eran tiempos duros. Peores incluso que los nuestros, a decir verdad. A veces nos pensamos que nos ha tocado vivir en la peor época posible, que nuestros tiempos son mucho más difíciles que los pasados, pero la realidad es muy distinta.

En aquel año de 1935, las cosas se habían puesto muy feas para los buenos españoles, los que aman a Dios y a su Patria. España desde hacía 4 años se había convertido en una República. Los enemigos de la Tradición campaban a sus anchas y habían logrado imponer al fin, después de un siglo luchando contra los bravos y heroicos carlistas, imponer sus leyes anticristianas, dejando a nuestra Patria sin Trono y sin Altar, expulsando a Dios de las leyes, de las costumbres y de la vida pública. Y en aquellos años planeaban el golpe final, una Revolución comunista para aniquilar de una vez por todas a aquella España que se resistía a morir y que estaba dispuesta a derramar hasta la última gota de su sangre por mantenerse en pie.

Para los carlistas las cosas no pintaban aparentemente demasiado bien. Después de la última guerra, que terminó en 1876 con la dolorosa partida del Rey Don Carlos VII con miles de leales que le acompañaron al destierro, la Comunión Tradicionalista había atravesado años muy complicados.

Los carlistas de aquellos tiempos tuvieron que recuperarse de una nueva derrota para seguir peleando sin ejércitos, sin armas, sin dinero, con la Familia Real en el exilio, sin la vida de muchos valientes que habían perecido en los campos de batalla, y otros que habían perdido la fe en la victoria y se habían dejado embaucar por modas políticas del momento. Fueron años muy duros, años de resistencia, en los que la Comunión Tradicionalista tuvo que recomponerse para mantener levantada la bandera de la Santa Causa y seguir peleando por la salvación de España en medio de circunstancias tan adversas.

Pero a pesar de que muchos dieron por muerto al carlismo, cuando las cosas pintaban peor, se produce un resurgir de la Comunión, que en las postrimerías del régimen del falso rey llamado Alfonso XIII y especialmente con el advenimiento de la Segunda República, adquiere un nuevo vigor y haciendo gala de una magnifica organización, se va ganando las simpatías de una multitud de españoles desengañados que descubren el gran tesoro de la Tradición política española que el carlismo sostiene desde hace un siglo.

Y para que ese tesoro fuese conocido mejor por tantísimos jóvenes que en aquellos días iban llegando a las filas del carlismo, el gran propagandista y periodista catalán Juan Maria Roma, elaboró un manual que tituló *«Catecismo tradicionalista. Manual de las juventudes carlistas españolas»*, pensado especialmente para que los niños como vosotros, que tienen tanta curiosidad por conocer y por comprenderlo todo, pudieran iniciarse en los ideales del carlismo y conocer mejor la historia, los símbolos, los personajes y los principales motivos por los cuales peleaban sus mayores y debían seguir peleando ellos.

En las páginas del presente manual, que contiene biografías de los reyes legítimos, además de anécdotas, personajes, poesías, cantos y grabados, se desarrolla lo que representa cada uno de los vocablos del glorioso lema de *«Dios, Patria y Rey»*, al que se añade un cuarto punto: *«Fueros»*.

Pues bien, queridos Pelayos y Margaritas, con la misma motivación traemos nosotros hoy este *"catecismo tradicionalista"*, para que os sirva de orientación, de faro y de guía, con sus preguntas y sus respuestas. Aquí y ahora, en estos momentos, que parecen tan diferentes pero que, como podéis ver, no lo son tanto, ya que España sigue necesitando buenos cristianos, que a lo largo y ancho de toda la Hispanidad, estén dispuestos a defenderla para que no muera. Sigue necesitando jóvenes valientes, dispuestos a sacrificarse y a entregar su vida por el Rey legítimo de los españoles, SAR Don Sixto Enrique de Borbón, al servicio de Dios y de la Patria, los únicos ideales que de verdad pueden devolver la esperanza en el futuro y el provenir de las Españas.

Cancionero

Himno de los Pelayos

Pelayos somos de España, decididos a luchar.
Para hacer de nuestra Patria cuna de héroes inmortal.
Pelayos somos de España, decididos a luchar.
Para hacer de nuestra Patria cuna de héroes inmortal.
Somos niños los Pelayos, más seremos sin tardar
los soldados más valientes que a la Patria salvarán.
Somos niños los Pelayos, más seremos sin tardar
los soldados más valientes que a la Patria salvarán.
Boina roja, tú serás el emblema del honor,
porque triunfe la verdad de la Santa Tradición.
Boina roja, tú serás el emblema del honor,
porque triunfe la verdad de la Santa Tradición.

CABALGATA DE UN BOYERO

Sopla fuerte el viento caluroso del norte.

El polvo fino se levanta bajo los cascos de los caballos y se cuela por todas partes, haciendo difícil la respiración. La columna de caballos y jinetes avanzan al trote largo por una huella de nuestro desierto pampeano, que el tiempo y el pampero casi borró. En la punta, las banderas flamean con fuerza acalambrando los brazos del abanderado que la sostiene con fuerza y orgullo.

En un gateado no muy alto, de crines negras y patas blancas, cabalga un niño con boina colorada, camisa y bombachas del mismo color de la arena que su caballo va pisando. Bien afirmado en los estribos calza unas botas, que como son heredadas de alguno de sus hermanos le quedan bastante grandes, pues le llegan mas arriba de las rodillas. Va contento, a pesar de que el roce con el recado le ha producido varias ampollas, pero sabe que para llegar al cielo hay que hacer muchos sacrificios y en eso está. Este niño es un boyero que cuida y ayuda, cual fiel escudero, a un jinete veterano, en la Cabalgata de los Mártires de la Tradición que avanza

por el desierto pampeano en el mes de febrero de dos mil veintiuno.

Se levantó temprano, con leña pequeña prendió el fuego y puso a calentar el agua en la pava. Preparó un mate bien cebado y se lo entregó a su jefe; después rumbeó hacia el corral, llevando en la mano dos bozales a la rastra. Con decisión ensilló el lobuno para el gerente y el gateado con su silla, tirando las matras del recado hacia arriba, pues la alzada del caballo le queda alta a su baja estatura. Va ensillando con movimientos rápidos y decididos y una vez que termina de colocar cada pieza, cincha bien fuerte el pegual. Deja a los dos caballos preparados, atados con el cabestro al alambrado, y va corriendo en busca de un jarro lleno del mate cocido en el fogón. Humeante y chorreando acompañado de un trozo de galleta seca, se lo alcanza al señor, que sentado sobre una piedra le da las gracias con una amplia sonrisa, mientras él saborea el suyo con fruición.

Con la primera luz de la mañana la cabalgata se pone en marcha entre gritos y risas, se pone en marcha. En un tramo del camino se juntan los boyeros en el pelotón de la punta, que con sus uniformes y boinas coloradas bien parecen un grupo de alegres Pelayos, que se alejan a

hurtadillas para correr alguna carrera con sus petisos, o a comer los deliciosos y diminutos piquillines que ofrece el monte. Pronto algún capataz severo les llama al orden haciéndolos volver y tranquear junto al resto de la tropa.

Llegando al Choique Mahuida, un pequeño cerro parecido a Montejurra, dejan sus caballos sueltos en el valle y corren a pie hasta la cima, buscando la imagen de la Virgen de Fátima que, un sufrido baqueano escondió muy temprano entre unas piedras, y ahora espera que alguien la encuentre, para ponerla en andas sobre el lomo de un caballo, y acompaña de esa manera a los cabalgantes, que se dirigen hacia el este, rumbo a Pichi Mahuida. Cayó la noche. El pequeño boyero desensilló y bañó prolijamente el lomo de los dos caballos, mientras a grandes sorbos bebían agua. Una vez sueltos, buscan la arena para revolcarse, levantándose de golpe, se sacuden el polvo con movimientos bruscos y salen del corral, rumbo al potrero a buscar alguna chaucha dulce de algarrobo o alpataco o los brotes verdes del yauyin.

Después de cenar, el gerente va a preparar un lugar donde pasar la noche y con sorpresa ve que debajo de un caldén ya está todo preparado. Sobre el suelo, más o menos barrido, ya está tendido su recado, con los bastos de almohada y el cojinillo de colchón, y a unos pocos metros,

envuelto en su poncho pampa, con la boina colorada en la cara tapándole los ojos, un niño duerme profundamente después de la larga y agotadora jornada.

Al día siguiente, después de escuchar la Santa Misa, el boyerito se prepara para escuchar la conferencia de quien, con cariño y respeto, le ayudó a soportar largas horas de a caballo.

Por la tarde, hay juegos programados en los corrales de la estancia La Luz. El niño enlaza y jinetea terneros y corre carreras a pata pelada. Después del fogón, donde cantó gatos, chacareras y zambas, se oyeron jotas y alguna ranchera, se fue con sus amigos a un descampado, cerca de los corrales de las vacas, a la zona más oscura y sin árboles, y tirados boca arriba sobre la tierra reseca, escudriñan el espacio infinito, tratando de ubicar la Cruz de Sur, las Tres Marías y el Facón de Plata, que brillan con fuerza en inmenso cielo pampeano, hasta que una lechuza, que estaba oculta entre chañares, los manda callar y a dormir.

El domingo llegamos a la estancia San Genaro. En un papel el boyerito ha ido escribiendo sus reflexiones, algo que ha meditando en el trayecto y que en el último fogón va a leer con decisión delante de todos los cabalgantes. Cuando a su jefe que fue combatiente contra los ingleses en la guerra por las Malvinas, (algún día les contaré porqué este soldado es un héroe) le llegó el turno de hablar, para su gran sorpresa sacó de su cintura un cuchillo, y se lo regaló. Es el agradecimiento por tantas atenciones y gauchadas de las que fue objeto en estas duras jornadas, que suavizaron la

dura travesía, con su ejemplo de valentía, espíritu de servicio y alegría. Fin de la cabalgata: ahora es el momento solemne de la Santa Misa por los Mártires de la Tradición, sobre el uniforme color arena, el niño se reviste con la sotana de monaguillo y ahí está, con el semblante curtido por el aire y el sol, firme, altivo y piadoso, junto a todos sus compañeros, rindiendo homenaje a los queridos Mártires, y pidiendo por nuestras almas, para que después de nuestro combate, un día nos encontremos todos juntos en el cielo que tanto anhelamos. ¡Viva Cristo Rey! ¡Ave Cor Mariae!

Jesús

María García Gallardo

Santa María del Desierto

AÑO 2021

¿Sabías qué?

Ocurrió en Pena del Salto, en la Cruzada Española, en el año 1936.

Había un destacamento de Requetés y al mando un Capitán que rondaba los cuarenta. Era experimentado ya en la Guerra de Marruecos.

Con ellos estaba un Pelayo, de 13 años recién cumplidos. Serio y tranquilo; hacía de enlace bajando todos los días con el pueblo cercano. Iba montado en un borriquillo, canturreando el Oriamendi, recogiendo periódicos que les informara como iba la contienda. Y no quedaban atrás los paquetes y cartas que familiares en la retaguardia enviaban a sus familiares, que además de oraciones diarias por sus vidas e intenciones, contribuían a que el hambre no les añadiera otra angustia más al combate.

Pero un buen día, el enemigo empezó una fuerte ofensiva de artillería sembrando la zona de proyectiles, que retumbaban a

izquierda y derecha, buscando acabar con ellos. Así hasta cuatro horas estuvieron bajo el fuego enemigo.

-Serenidad, muchachos. Ni un solo tiro todavía ¡Mucho cuidado con precipitarse! Ordenó el Capitán.

Mientras el enemigo ya avanzaba hacia sus posiciones. Primero lo hicieron tímidamente. Después, viendo que no pasaba nada, creyendo que los Requetés habían huido, empezaron a salir en masa y llenos de optimismo subían con atrevimiento.

En el grupo más avanzado del enemigo venía un Teniente del Ejército Popular que esgrimiendo una pistola de reglamento gritaba:

- ¡Arriba cobardes!

- Al que se eche p'atras desnúcolo

Cuando el enemigo estaba a la altura de las alambradas el Capitán de los Requetés ordenó.

- ¡Fuego! ¡ Viva España!

Y otra vez el intento de asalto, y otra vez la artillería enemiga, y así todo el día hasta la noche.

La situación era dificilísima. Había muchas bajas y ni un mal refugio para evacuar a los heridos. Las trincheras estaban destrozadas; las alambradas, rotas y las máquinas, inutilizadas.

El Capitán herido en un brazo, requirió lleno de energía:

- ¡A ver, un enlace!

- ¡A sus órdenes!

El Pelayo estaba cuadrado ante el Jefe de la Unidad.

-¿Pero tú? ¡Tú no me sirves!

-¿Qué no mi Capitán? Mejor que nadie. Como soy un chaval, me cubro más en el monte y no me ven pasar.

Y añadió suplicante:

-Déjeme llevar el parte, mi Capitán. Ya verá como llega.

El Capitán le miró un momento de pies a cabeza. Sacó el lapicero y el cuadernillo, y escribió unas líneas. Dobló el papel y puso al dorso:

“Capitán Jefe de Peña del Salto al Comandante”.

Entregándoselo al niño le abrazó fuertemente.

-Anda con Dios, "peque", te portas como un hombre.

Y luego, más confidencial:

-Tengo fe en ti; que llegué el parte. Haz que llegue, que si no, estamos perdidos.

Uno de los Alféreces le dijo:

-Oye, rapaz; fíjate bien lo que haces, que un Pelayo no puede menos que nadie en el mundo.

- “Harélo”, mi alférez. “Júroselo”.

Salió de la posición. En aquel momento el fuego se reducía a un tiroteo aislado de "Paqueo". La noche estaba cerrando y el pequeño enlace desapareció en seguida entre los matorrales de aquel camino, que tan bien conocía...

Llegó a las avanzadillas de socorro. Pregunta por el Jefe. Casi no se puede cuadrar. Entregó el parte. Iba inmensamente pálido, con un balazo en el costado.

Lo llevaron al Hospital. Las Seráficas Hermanas y las Enfermeras lo acostaron en una cama. Los Médicos y Sanitarios se miraban con asombro por como aceptaba el dolor. Al filo de la madrugada murió. Su rostro, ya blanquecino, tenía una sonrisa de Triunfo y de Dolor.

Allá en el cielo, la Virgen Inmaculada, patrona de los Requetés y Pelayos, le esperaba con los brazos abiertos para auparlo junto al Niño Divino, porque para Dios no somos héroes anónimos.